



El viaje, 1984

Al amanecer, cuando abrí los ojos, el sol castigó mis retinas, apoyé las manos en el áspero volante, removí un poco el trasero y traté de incorporarme. Amoldadas como habían estado mis posaderas durante tantas horas al incómodo asiento, los huesos me dolían. Me costó lo indecible. Estaba en un área de servicio de la N-IV, aunque no sabía ni me importaba en cuál. Había pasado la noche en el *Simca* junto a una gasolinera. Era un don que por aquel entonces tenía, en cuanto me lo proponía nada podía perturbar mi descanso. El aire olía a vapores de gasolina y tenía un sabor áspero en la boca. Intenté mover la lengua, pero se me había pegado al reseco paladar. Dios sabe que en ese instante me sentía mareado, como si a mi alrededor todo se moviera a cámara lenta, hasta que al fin me despecé, alargué el brazo y lo primero que hice fue echar mano del

paquete de Ducados —para el maldito tabaco era siempre mi primer aliento—. Aquella primera calada perforó mis maltrechos pulmones como una cuchillada.

Cuando conseguí a duras penas mirar el reloj, pude ver que aún tenía tiempo para estirar las piernas y ansiaba, ese deseo me fortaleció, tomar un café bien cargado. Con desgana abrí la portezuela. Chirrió. Fue un crujido desagradable, pero no tanto como advertir, no niego que con inquietud pues no recordaba que hubiera nadie al llegar, que ahora eran muchos los vehículos estacionados y el lugar estaba atestado. Una multitud de siluetas animadas atravesaban mi campo de visión, el caos se había desatado a mi alrededor.

Nada más bajar del turismo, sin poderlo evitar, mis ojos se clavaron en la primera persona que había sentada en el bordillo de la acera: un anciano menudo de rostro atezado y barba montaraz que calzaba puntiagudas babuchas azuladas. Más allá percibí el tumulto, zumbaban como un enjambre de abejas, el tono de su piel y sus atuendos les delataban. Ellos modesta chilaba; ellas lo mismo pero bordadas en un estallido de colores chillones y estampados. Algunas mujeres se anudaban el fular alrededor del cuello, mientras otras se adecuaban el velo que les cubría parte de la cabeza. Una en especial se reía a carcajadas; pero, sobre todo, me fijé en la atractiva muchacha de los ojos color miel y chanclos color crema que en ese momento gesticulaba y gritaba en un idioma incomprensible para mí tratando de

apaciguar a la atolondrada niñería. Los chiquillos que se arracimaban junto a ella, algunos descalzos, correteaban en tanto que los mayores se acercaban por turnos al baño o a la cafetería. Se dirigían al sur. El barco para la travesía ya esperaba en Algeciras.

No sabría decir el porqué, nervioso intenté rechazarla, mas no podía sacudirme aquella impronta, la sensación de quemazón. Estaba acalorado e irritado, furioso conmigo mismo. Era obvio que fueran cuales fueren los motivos esas gentes me provocaban un miedo atávico. Una súbita sensación de arrepentimiento, teñida de desesperanza, se apoderó de mí. Luché, negué mil y una veces lo evidente, dado que no me considero racista ni atado a vanos prejuicios. Traté de racionalizar mi percepción, pues como todos sabemos un prejuicio es una opinión que nos hemos formado sobre algo o alguien de manera anticipada y a veces sin fundamento, un mecanismo de defensa de nuestra mente primigenia.

Pasado el rato, ahí seguían las malas vibraciones. Era demencial pero indudable, acabé por aceptarlo: «El rechazo al moro» había arraigado en mí. Concebí, mientras unía las piezas explorando mi memoria, que tal vez sería que de niño me habían contado que los moros eran traidores, que no nos apreciaban. Mi tío, Paco, el que siempre fue de Franco, repetía hasta la saciedad que no eran santos de su devoción, que durante la guerra civil se entregaron al saqueo y a la violación, que participaron en todos los frentes de batalla

dejando un recuerdo terrible de asaltos a sangre y fuego, de matanzas sin ton ni son. Pero... ¡qué demonios! ¿Cómo compaginar el recelo absurdo que emerge de lo más profundo con la sensatez? No tengo ni la más remota idea. Paparruchas. En ese instante me convencí de que de todas formas de eso hacía mucho tiempo y, como en cierto modo no me gustaba ni me gusta lo irracional, tragué saliva para deshacer el nudo que sentía en la garganta y respondí apretando el acelerador, mostrando toda mi rabia hasta zafarme de aquellos pensamientos malsanos, de esa maraña de espinas que recrudecía mi fastidio. Al fin y al cabo, revolcarse en el fango no es la mejor manera de limpiarse.

La verdad es que el *Simca* no estaba para muchos trotes; lo compré de segunda mano y pedía a voces un desguace en el que reposar sus herrumbrosos hierros. A pesar de todo, comenzó a engullir con parsimonia la nacional mientras el radiocasete escupía melodías de Supertramp y Pink Floyd: la música que adoré durante mis deslucidos años de estudiante. Y... digo deslucidos, porque cuando analizo mis anhelos, motivaciones y actos, mi imaginación se atiborra. Para qué embaucar, detesto aquella etapa de mi vida. Debo confesar que al desastre me condujo la amistosa inclinación que sentía por la vigilia ininterrumpida, por esa parranda sin tregua que era mi día a día. Puedo asegurarles que a esa edad tenía una perspectiva muy distinta de las personas y de las cosas, que pertenecía más al tipo mundano que al eremita y no dedicaba ni un minuto a la ilustración, que en

mi interior se albergaba una auténtica repugnancia por los estudios absurdos. Mis padres, confiados e ingenuos en demasía, durante bastante tiempo mantuvieron mi frívola propensión: tres años de vida alegre y divertida no exenta de continuas crisis existenciales, provocadas por un examen suspendido, una simple cita cancelada o una palabra hiriente. ¡Bien! y ¡qué! ¿Quién soy yo para ponerme reparos, para someterme a tal proceso inquisitorial a estas alturas, cuando tantos se regodearon por un tiempo en la francachela y luego de recapacitar recompusieron su conducta? La indolente e irreflexiva pubertad, el alocado fervor juvenil, son enfermedades que por necesidad, al menos en mi caso, pronto se curaron. A medida que vamos adelante sin duda aumentan los peligros, conocidos y desconocidos, pero debemos seguir; de nada nos sirve demorar las raíces de nuestra responsabilidad. Es normal que en el viaje hacia el ocaso de nuestras vidas, atravesemos campos cultivados como jardines, estériles desiertos y frondosos bosques, hasta arribar a ese destino desconocido e incierto que supondrá nuestra extinción. En mi descargo alegaré, como si ante un tribunal de justicia me hallara, que aún no comprendía tan claramente mis angustias y mi visión del mundo era bastante desacompasada y tremendista. Aquella libertad resultaba tan embriagadora que me confundía.

Llegados a este punto, comencé a cuestionarme para qué demonios quería seguir viviendo si padecía por todo desmesuradamente, si las triviales brisas se trocaban con

suma facilidad en impetuosas tormentas. Cansado de censurarme, transido por la ociosidad, hastiado de soportar veladas crueles, apelé a una supuesta cordura y hallé mi «ikigai». Escogí una «ocupación», sin madurar la idea, que aunque en principio se me antojó un castigo transcurrido el tiempo supondría para mí una liberación, una explosión saludable en mi empeño por sentirme útil y saciar mi entusiasmo aventurero. Quería que mi vida cambiase, como cuando algo viejo, roto y polvoriento, se retira de un estante para hacer sitio a una cosa nueva y reluciente. De no ser así, aún no habría puesto término a esas noches en las que vagaba por las calles desiertas o frecuentaba antros y compañías poco recomendables.

Con el paso de los kilómetros, aunque ahora disfrutaba con los acordes de «The Partisan», de Leonard Cohen, no recuperaba sin embargo el buen humor. Es más, se me hizo un nudo en la garganta —en el fondo siempre he sido un jodido sentimental— y, sin poderlo evitar, seguí el compás con un suave tarareo. Se sucedían los cigarrillos que salían del paquete. Hay veces que un mal trago se suaviza con otro. Así que me propuse evocar, aprovechando el hipnótico arrullo del motor, algunas joviales anécdotas que gocé con los compañeros que había dejado en el camino. Eran unos tíos estupendos. Sí, sin duda les echaba de menos. Sentía una nostalgia indefinida por aquellas locuras, miedos y risas, que compartíamos. La música me hizo revivir, sin necesidad de cerrar los ojos y ampararme tras la oscuridad

de los párpados, sus figuras de manera repentina; las de esos viejos amigos que nunca se olvidan; las de esos viejos amigos que siempre se presentan sin que nadie los invite o sin tan siquiera avisar. No era necesario.

En realidad me disgustaban, aún sigo conservando esa pueril animadversión por las rectas interminables y monótonas de las estepas de Ciudad Real y Toledo; pero avisté Despeñaperros y se transformó el paisaje que ante mí se desplegaba con todo lujo de detalles. Al instante mi ánimo cobró impulso y recordé lo que mi buen amigo Félix —permítaseme referirme a él de pasada como un tipo encantador, alegre como un sonajero, pero sin duda un «facha» incorregible—, me había recomendado: «Antes de entrar en la provincia de Jaén, haz una parada en Casa Pepe. No dejes de visitarla».

Agitado por la fatiga y el morbo, me apeé del coche. Al principio me hizo una gracia horrorosa, les juro que de no haber tanta gente alrededor me habría echado a reír como un loco; pero, cuando estuve lo suficientemente cerca como para apreciar en detalle el lugar, un sentimiento indescriptible oprimió mis sentidos. ¡Joder!, aquello era un museo al franquismo: botellas de vino con el rostro del Caudillo y José Antonio en la etiqueta, jamones con la bandera preconstitucional estampada, boinas de la legión, llaveros y demás parafernalia fascista acompañaba a cada paso, desde la puerta a los platos donde se servía la comida, al cortejo de clientes que visitaba el restaurante. Yo estaba

completamente solo —casualmente había elegido una mesa cerca de una ventana, que era el lugar más agradable—, cuando un camarero rollizo de aspecto afable y ojillos porcinos, con un pulcro bigotito que adornaba su cara gratinada por el sol, me sirvió un café y una succulenta tostada de jamón y queso.

—¡Qué maravilla! —dije por decir. De verdad, les aseguro que apenas fue un susurro.

Tal vez pequé de irreflexivo. No lo sé. Quizá, inconscientemente, traté de granjearme su confianza. Tampoco lo tengo muy claro. Pero... ¡para qué abrí la boca! Aquel tipo debió malinterpretar mis palabras y se explayó:

—Para que vea... —dijo en tono ceremonioso, al tiempo que me mostraba un pin con el «escudo del águila» que lucía en la solapa del bolsillo de su immaculada camisa blanca—. Hace siete años que trabajo aquí, incluidas las mañanas de los sábados, y aún no dejo de asombrarme. Aunque muchos repudian su iconografía, no son pocos los que sienten nostalgia y la alaban como usted. Créame. No lo digo por decir. Lo que hace muchísimo tiempo empezó siendo una tienda de ultramarinos, un pequeño negocio familiar que fue pasando de padres a hijos, es hoy un lugar de peregrinación. Qué digo... ¡un santuario!

De pronto, me entraron las prisas y salí pitando de allí. Era de locos. La verdad superaba todas mis expectativas. ¿Qué habrían hecho ustedes en mi lugar? El tío solo decía chorradas. Yo no había alabado a nada ni a nadie, salvo a la

humilde tostada de pan casero. Tenía tanta hambre, que probablemente me habría zampado y elogiado hasta una piedra si se hubiera tomado la molestia de ponerla sobre la mesa. La política me la traía al paio. No se lo dije a aquel buen señor, porque seguramente se habría disgustado y no era esa mi intención. Allí, ese local, no habría aguantado ni tan siquiera dos horas: «Lo habrían volado». Me refiero País Vasco, un tiempo cuyas imágenes me vinieron en tromba una vez que contra mi voluntad abrí la válvula que bien cerrada procuraba mantener. Por eso no es de extrañar que haya decidido beber del Leteo, de ese cuyas tranquilas aguas provocan el olvido.

En fin, como les iba narrando, tras desayunar en Casa Pepe, caminé con paso enérgico hasta el *Simca* y antes de que me hubiera dado cuenta arranqué y de nuevo me incorporé a la vía convencido de que el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. La clave se halla en la irracionalidad de la vida, que hace que perdure la sinrazón. ¿Cómo no lamentar esos años perdidos en la oscuridad y la ignorancia? ¿Cómo tras superar una guerra fratricida y alcanzar la democracia, el ansiado consenso, volvimos a favorecer el revanchismo y los nacionalismos separatistas? Todo ha servido y sirve de pretexto para que la putrefacta condición humana se manifieste: «no hay asunto, valor, idea u objeto por el que no se haya matado». Hay veces que la naturaleza del ser humano me hastía profundamente, su actitud aviva en mí un odio insuperable a

la estupidez. Quizá habría que dar la razón a quien sostuvo: «¿No sería más sencillo si no tuviéramos conciencia?». De nuevo, esta vez más indignado, pisé a fondo el acelerador.

Al pasar por Granada, eran las once de la mañana, desde la carretera se divisaba una imponente cordillera que servía de telón de fondo a la ciudad nazarí; pero, lo que más me sorprendió, fue ver cómo se alzaban las colosales cumbres en donde las nieves aún no se habían disipado y aunque algunas nubes trataban de ocultarlas no eran suficientes para impedir el destello de su blancura. Enseguida llegué a Motril. Ya se oteaba el tibio Mediterráneo. Una ráfaga de aire marino invadió el habitáculo viciado por el humo del tabaco. A medida que avanzaba hacia el este, el relieve se acentuaba, las rocas del litoral se hicieron más altas y escarpadas. Me sobrecogió ver el cielo y el mar, que en el horizonte se confundían como en un gran espejo donde el sol flameaba a su antojo. No se podía distinguir dónde empezaba uno y acababa el otro. El Simca, cansino, serpenteó por la agreste costa en dirección a Adra. Al llegar, aunque la señal que lo indicaba estaba sucia e ilegible, por pura intuición me desvié hacia el interior, a Berja: una villa cuya estampa gratamente me sorprendió. Rodeada de mustias colinas, salvo por el norte en donde pude distinguir un pinar joven, evidente repoblación, que parecía dibujado en las faldas de la inmensa sierra.

Más adelante, ya había dejado atrás el que llaman pantano de Benínar y su pueblo sepultado bajo las aguas, de

nuevo el turismo trepó por lo que más parecía un camino de cabras que una carretera. De tan estrecha que era apenas se podía circular, y siempre con el miedo en el cuerpo de que en cualquier curva algún desgraciado me hiciera descarrilar y caer por la rocosa ladera. La espeluznante pendiente, me condujo a una loma cubierta de tomillo y esparto. Allí me detuve unos minutos y sobrecogido advertí que ya se divisaba Turón: yacía en el fondo de una gran depresión. Examiné el estado del cielo, nítido azul, y comprendí que aquel pueblo, de apenas quinientas almas, no se columbraba desde ninguna otra parte hasta que no coronas alguna de las crestas desoladas que lo circundan. Fue como asomarme a la boca de un pozo, se me antojó una aldea remota y primitiva. Las laderas, cubiertas de almendros y olivos, servían de escenario a una hondonada recorrida por alguna quebrada. En medio de ella se arremolinaba un grupo de humildes casitas blancas, distribuidas en calles desiguales, caprichosas, tortuosas, de entre las que sobresalía la iglesia y una ermita. Algunas manchas verdes delataban la presencia de pequeños huertos de frutales entre el amasijo blanco. Había llegado a mi destino.

J. J. Cale